

CAPITULO XCVI.

Continúa la lectura del manuscrito de Genaro.

Suspendamos por un momento la descripción de nuestro viaje, y recorramos algunas páginas del manuscrito de Genaro, que como recordará el lector, lo dejamos en un punto muy interesante.

Continuaba así:

Apenas salimos del palacio, D. Justo me dijo:

Hijo mio, dentro de un cuarto de hora sale el tren y si no partimos en él, cuando llegemos al puerto el vapor ya habrá levantado el ancla y será demasiado tarde.

El vapor? pregunté conmovido, ¿pues dónde está ella?

En Nueva York, en su patria, me contestó tristemente D. Justo.

No hablé mas, volé á mi casa, escribí una esquela á D. Mariano diciéndole, lo ocurrido, y pidiéndole me excusase con Leonor y con Milord; tomé un sobretodo y mi cartera, y poco despues, en union de D. Justo, abandonaba á Venecia y me dirigia al territorio de Francia, para embarcarme en San Nazaire. Mi cabeza era un volcan, yo mismo no sabia que era lo que en mi pasaba!.....Una vez en el tren, volví á leer la carta que me habia entregado D. Justo; era de mi madre, y decia así:

¡Hijo mio, amado Genaro!

En el borde de la tumba, séale permitido á una madre reconocer á su hijo; quiero tenerte á mi lado en mis últimos momentos.

Ven Genaro á recibir las bendiciones de tu madre y á recojer su postrer suspiro; quiero ántes de morir, hijo mio, revelarte mi triste y nebulosa historia, á fin de vindicar ante tus ojos mi conducta?....necesito verte para morir tranquilo tardes, sean cuales fueren las circunstancias en que te halles al leer esta carta; si-guesin demora á Justo, él te conducirá á mis brazos, y si tardas, Genaro, solo encontrarás un

cadáver mas en la tumba!.....un viviente ménos en el mundo!.....

Por piedad, hijo mio, oculta á Milord la causa de tu partida si has de saberlo al fin.....éles tu padre! pero preciso es que lo ignore!.....
Ven á mis brazos, Genaro, te espera impaciente tu moribunda madre.

MATILDE.

Esta carta, escrita por la misma mano de mi madre, destrozaba mi alma!.....la idea de su muerte turbaba mi razon, y la velocidad del vapor parecíame poca para trasportarme á su lado, por otra parte, la lectura del penúltimo párrafo de su carta me mataba.

Milord mi padre!.....

Exclamaba yo, no comprendiendo la terrible verdad que envolvian estas palabras.

¡Milord mi padre!

Leonor entónces!.....¡Oh, nó, Dios mio! esta idea me mata!.....

¡Pero cómo, si esto fuese, mi madre que no lo ignora, me permitia unirme á ella?

No acertaba á responderme, y mi mente se perdía en un insondable abismo.....

En mi desesperacion exclamaba:

¡Dios mio! para sellar mi infortunio, debía realizarse el mas ardiente de mis votos! ¡Debia conocer á mi madre solo para presenciar su muerte?

¡Debia, pues encontrar á mi padre para perder á Leonor; para llegar al colmo de mis desdichas?

Y como no pudiendo soportar el peso de este pensamiento, incliné mi frente y llamé en mi auxilio al llanto; pero se negaron las lágrimas á brotar de mis enrojecidas pupilas

Justo, á quien mi dolor impresionaba sobremanera, se dirigió entonces á mí, y colocando su mano sobre mi hombro, Genaro, me dijo: por qué te entregas así al abatimiento? el hombre, hijo mio, debe soportar con serenidad y valor los males de la vida; ese dolor es impropio de tí.

¡Ah Justo! exclamé entonces, saliendo de mi abstraccion: esta carta destruye las mas caras y bellas esperanzas de mi vida!..... No, ya no hay para mí felicidad sobre la tierra, todo ha concluido; ahora solo ambiciono el descanso de la tumba.!

¡Genaro! exclamó Justo sorprendido, ¿es en este momento que encuentras á tus padres, cuando tus lábios pronuncian estas palabras? Si Justo repliqué con tristeza; escúchame, y verás si son justas mis quejas.

Desde el dia en que me remitiste la carta de mi madre, en la cual consentia que yo me uniese con Leonor fui muy dichoso: los dias se deslizaban para mi serenos, y el porvenir se presentaba risueño ante mi vista: por la primera vez

de mi vida, me sentí feliz; yo amaba á Leonor como se ama por la vez primera; con igual ternura era amado por su parte; Milord me amaba como un hijo; mis padres, á quienes ya tenia la certidumbre de estrechar pronto entre mis brazos, autorizaban mi enlace; nada faltaba á mi dicha; llegó al fin el deseado dia, y en el momento mismo en que iba á consumarse mi ventura, tú te presentas, y con esta carta destruyes en un instante, el edificio todo de mi felicidad! por esta carta, descubro al fin quiénes son los autores de mis dias; pero en qué momento gran Dios, y con qué consecuencias tan terribles!..... ¡Encuentro á una madre tan solo para perderla!..... del pié mismo del altar me arrebatan á Leonor diciéndome: un abismo te separa de ella; temerario, no puede nunca ser tu esposa..... á tal equivalen las palabras de esta carta:

—¡Milord es tu padre!

¡Ah, he encontrado al fin á mi padre! mi corazón no me habia engañado....pero.... ¡Dios mio! en el instante mismo de encontrarlo, es cuando por mi conducta me hago odioso á su vista! Sí, ¿cómo justificar nunca Justo la acción que acabo de cometer? Sin explicar causa ninguna, sin pronunciar una sola palabra que la excuse, he abandonado á Leonor al pié mismo del altar; la afrenta y la vergüenza cubrirán su pura

frente; mi partida servirá de escándalo á Venecia; y nunca podrán perdonarme Milord y su hija, la acción infame que he cometido.

No, ¿cómo podría yo volver al lado de mi padre para vindicarme á sus ojos, si me es prohibido decirle:

—Milord, yo soy vuestro hijo; perdonadme padre mio, la voz de una madre moribunda me arrancó del pié mismo del altar, tomad y leed; esta carta sea la justificación de mi conducta!....

Pero esto no podría ser nunca; es preciso que lo ignore, dice mi madre, y esto equivale á decirme:

¡Infeliz, no tienes padre!

No, nunca me sería permitido vindicarme ante sus ojos; seré siempre para él un objeto de odio y de desprecio, y esto es ¡oh Dios mio! mas terrible que perderlo.

No hablé más; en vano Justo quiso prodigarme sus consuelos; hay situaciones en la vida, que la mano del hombre no puede curar; y los tormentos que yo sufría en aquel instante, no puede la mente humana comprenderlos!..... Se pasaron las horas, pasáronse los dias, y mi dolor, tomando un carácter más resignado, se hizo también más extenso; procuré olvidar el pasado, pensaba solo en mi madre moribunda; pero ¡ay! el temor de no encontrarla, la idea sola de perder-

la, era un agudo puñal que se hundía en el corazón, y que destrozaba mi alma!.....

Así trascurrieron los días de nuestro viaje, lúgubres, sombríos; no brillaba ya una sola estrella en el horizonte de mi vida, y parecíame que sobre el lecho de mi madre espiraba con ella mi felicidad!....

Al fin llegamos á Nueva-York; mi corazón palpitaba con violencia; una ansiedad inmensa me devoraba; iba yo á conocer á mi madre! á esa madre cariñosa, cuya imagen habia visto siempre en mis más gratos ensueños; sí, era ella, la que siendo tierno niño, me habia acariciado en mi oscuro calabozo; ella la que ni un solo instante me habia olvidado, siguiéndome por do quier sus beneficios, y á ella, á esa madre idolatrada, era á que iba á ver al fin! ¡dentro de breves instantes estaria en sus brazos! este pensamiento me enagenaba de contento; por un instante olvidé el estado en que ella se hallaba; los terribles acontecimientos de Venecia, todo lo olvidé; porque en mi mente solo cabia un pensamiento ¡mi madre! ¡iba á verla, á estrecharla contra mi pecho; su corazón palpitaria junto del mio, y sus maternales lábios imprimirían en mi frente ósculos de amor.

Preocupado con estos dulces pensamientos, bajamos del vapor, y pronto nos encontramos en el

hermoso puerto: D. Justo, que leía como en un libro las impresiones que se sucedían en mi alma, temeroso sin duda de que ya no encontrásemos á mi madre, me dijo mientras íbamos en el carruaje que nos conducía al hotel: voy á dejarte por un instante solo, Genaro, para prevenir á tu madre; en el estado delicado de su salud, hijo mio, tu vista repentina podría dañarla, y es preciso hacerle menos fuerte esta impresion; comprendiendo yo la justicia que acompañaba á las palabras de D. Justo, no me opuse á su cumplimiento, y solo supliqué al buen anciano que no tardase, porque me hallaba en un estado terrible de ansiedad y angustia: D. Justo me prometió volver lo más pronto posible; al llegar al hotel, el carruaje se detuvo; yo descendí de él, y D. Justo continuó su marcha; cuando le perdí de vista en las populosas calles de Nueva-York, penetré en el Hotel y me dirigí á mi pieza; la gente me molestaba en aquellos instantes, necesitaba la soledad y el aislamiento: una vez solo, me entregué con libertad á mis propios pensamientos: así se pasó el tiempo, y mi impaciencia por momentos crecía; transcurrieron más de dos horas, que fueron para mí dos siglos; al fin la puerta se abrió, y por ella penetró D. Justo: venia agitado, y en su pálido semblante estaban impresas las huellas del dolor: al verlo me precipité hácia él, y con el

acento trémulo por la emoci6n, ¿vive? le pregunté con ansiedad terrible.

Sí, Genaro, me contestó el buen anciano: Dios ha prolongado su existencia, para que tuviera el consuelo de estrecharte entre sus brazos; pero su vida, hijo mio, es la luz de una lámpara próxima á extinguirse: tú has venido á presenciar la muerte de tu madre: piensa, Genaro, que debes endulzar sus últimos momentos, y no hacerlos más amargos con tu desesperacion y tu llanto.

Las palabras de Justo me hicieron volver á la más terrible de las realidades: ver á mi madre, habia sido el mayor de mis deseos; pero verla en sus últimos momentos, era para mí más terrible que no verla: equivalia á perder un tesoro en el momento de encontrarlo, á caer en un instante del apogeo de la felicidad al abismo del dolor!.... Estos pensamientos debilitaban mis fuerzas, y dos lágrimas á mi pesar se escaparon de mis ojos. D. Justo, conmovido de mi enternecimiento, ¡pobre Genaro! me dijo, comprendo lo agudo de tu dolor, pero piensa en tu madre, hijo mio, y este pensamiento te dará fuerza para ocultarle tus lágrimas y tu amargura! ven: serenidad, Genaro, ella te espera impaciente, no nubles las delicias de su placer al verte, con la triste impresion de tu semblante.

Las palabras de D. Justo me dieron fuerza, y

procurando dominarme, le seguí á la casa de mi madre: momentos hay en la existencia que no se pueden borrar de la imaginacion, y son aquellos en que nuestro espíritu sostiene interiormente alguna gran lucha: yo pasaba ent6nces por uno de ellos.

Iba á cumplir el gran deseo que tenia hacia ya tan largo tiempo, y en el momento en que por fin iba á gozar de los encantos de conocer á mi pobre madre, tambien me esperaba el cruel tormento de perderla para siempre, puesto que segun las palabras de D. Justo, no habia ya esperanza para ella, sin un especial milagro. ¿Cómo me encontraría en situacion tan terrible! Solo yo mismo puedo comprenderlo, y medir lo que sentia.

Llegamos al fin á la casa donde se hallaba, y aunque no estaba para hacer ninguna clase de observaciones, noté que era un regular palacio, de buena arquitectura y de mármol gris: un suizo se encontraba en la puerta, y nos saludó respetuosamente cuando hubimos penetrado. Al instante se presentaron ante nosotros, segun las construcciones americanas, las escaleras alfombradas, que pronto subimos: allí encontramos un segundo criado que nos hizo una nueva reverencia.

¿D6nde está miss Eugenia? preguntó D. Justo. Con la señora, le contestaron.

Pues bien, llamadla, y diciendo estas palabras entramos por unos sencillos, pero al mismo tiempo hermosos apartamentos, hasta llegar al gabinete que daba entrada á la alcoba de mi madre.

El criado llamó á Miss Eugenia, que, segun me dijo D. Justo, era una jóven á quien mi buena madre, por ser huérfana, habia protegido, y le servia entónces como doncella de compañía.

La voz de mi madre fué la primera que hirió mis oídos, cuando se abrió la puerta.

Apresúrate Genaro, hijo mio, querido de mi alma!.....ven pronto á reposar en el seno de una madre que te ama con todo su corazon, y que al poderte ver á su lado recobrará la vida!.....

Aquel apasionado acento.....aquellas ardientes espresiones.....¡Oh, Dios mio!.....¡Cómo resonaron en mi tierno corazon!

No lo puedo explicar.

Sin consideracion ya de ningun género, sin saludar siquiera á la jóven que nos habia abierto la puerta, me desprendí del lado de D. Justo y penetré corriendo en el cuarto; donde con un acento lleno de fuego, exclamé:

—¡Madre, del alma! ¡dónde estás!

¡Allí estaba!.....¡en su lecho, demasiado pálida; pero bella, sí, bellísima encantadora. En sus labios jugueteaba una dulce sonrisa, mientras que de sus ojos se desprendia un raudal de lágrimas.

¿Por qué lloraba mi madre?

¡Ah! lloraba porque hay momentos en que no se puede evitar el llanto!

Yo tambien, como ella, sonreía, y al propio tiempo lloraba!

¡Misterios incomprensibles del corazon!

Cuando se encontraron nuestras miradas, tenían una espresion indefinible. Mi madre desde su lecho me abrió los brazos, postrándose, y yo maquinalmente me arrojé en ellos, estrechándola ardientemente. Nada hablábamos en esos instantes; el silencio, las sonrisas las lágrimas, eran nuestro lenguaje.

Hay impresiones ante las que mueren las palabras para dejar hablar al alma.

Pero dejemos á Genaro por un momento, é introduzcámonos en la hermosa capital de Austria.